El Huésped

Adolfo Castaño

Galería Estampa. Madrid, 1995
30 páginas, 18.000 pesetas

EN la línea de su última entrega publicada por Galería La Kábala («Caminar con palabras», 1994), Adolfo Castaño (Madrid, 1928) edita ahora esta «plaquette» de 18 pequeños poemas, ilustrada con 6 obras originales de José Joven, como cuarto volumen de la colección «La Biblioteca de Alejandría». El viejo lema «ut pictura poesis» cobra aquí toda su dimensión, en consonancia con las entregas juanramonianas y del 27. Entre hojas y notas visuales, el signo literario –unido al dibujo– define nuevas realidades. Su anterior libro apuntaba a una cuestión de fenomenología, como suerte de parábola: «Dices la palabra sin saber/cuántas voces componen/la palabra que dices». El título actual remite, en cierta forma, al romanticismo (el «huésped de las nieblas» del autor de las «Rimas»), aunque su tesis es simbolista: «El huésped se dio cuenta:/en el ojo del agua estaba su persona». Poesía de enigma y conocimiento, nuevo hallazgo de universo en la transparencia de los nombres. Estética también minimalista, con la fuerza de la revelación localizada en la misma palabra poética.

Retomando la «Metamorfosis del clavel» de Alberti, entre la naturaleza y el arte –nuevo «entre clavel y espada»–, Castaño busca los perfiles o fragmentos de un discurso platónico: «Antes del cuerpo./En la época del alma». A modo de fábula, hace desfilar a los animales (mariposa, ratón, etc) como desdobles de la interioridad cuestionada («¿cuál es tu nido, pájaro?»). Sobre ellos, la figura del «huésped» se consume en la belleza de lo contemplado: «En el mirar del agua/peces diminutos/temblaron un segundo». La casa ajena, habitada por este personaje lírico, necesita «jardín» y «agua», dos motivos simbólicos con los que definir la búsqueda de una identidad verdadera: «En la playa el huésped/caminó hasta la orilla./El viento salino deletreó su rostro». El efecto sinestésico queda asociado, en estos versos, a la sensación «oculta» y a la angustia vital, al igual que sucede en los mejores autores «novecentistas». De forma implícita subyace la figura del «peregrino», pero sin el ambiente estético-religioso de «fin de siglo». Al término del camino, más allá del recinto propio, el «otro» extraño se instala y nos «aloja», anuncia así la respuesta al misterio de la existencia. En el incesante fluir de la vida, los conceptos temporales (camino, río) ofrecen la clave de emoción frente a la anécdota: «El huésped ardió en el sol./ Luego entró en el mar,/ apagándose». Poco a poco, dentro del contexto crepuscular que perfila el sueño de este extraño habitante, el inevitable «nunca jamás» define otras propiedades de la visión creativa: «Nadie sabe que el cielo es un jardín».

Machado aconsejaba a Juan Ramón Jiménez, a propósito de «Arias tristes», una labor de autoinspección: «Creo que una poesía que aspira a conmover a todos ha de ser muy íntima. Lo más hondo es lo más universal. Pero mientras nuestra alma no se despierte para elevarse, será en vano que ahondemos en nosotros mismos». El fundador de la revista santanderina «El Gato Verde» y crítico de Arte ha creado entre formas y colores esa aurora íntima de especial voluntad literaria: «Aplauso colmado de silencio azul».

José María BARRERA